

PRÓXIMO NÚMERO:

La famosa producción FOX

AMOR DE ARABE

Creación de

Bárbara La Marr

y

John Gilbert

Preciosa novela de amor.

Postal-fotografía:

Enid Bennet

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio: 25 céntimos.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 104

25 cts.



EL BUEN
CAMINO

por
Charles Ray
Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 104

El buen camino

POR CHARLES RAY

Paramount Pictures Corporation

Concesionaria: SELECCINE, S. A.
Ronda Universidad, 14, entresuelo.-Barcelona.

Programa AJURIA

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
CHARLES DE ROCHE

En la torre de la iglesia del pueblecito de Tildon estaban a punto de sonar las nueve de la noche.

En una de las simpáticas habitaciones que el viejo Meldrum alquilaba a razón de seis dó-

lares mensuales, Ben Trimple, joven que durante mucho tiempo había soñado con riquezas y grandeza, en ese cuarto, mudo testigo de sus ilusiones, daba los últimos toques a su equipaje para realizar el sueño de toda su vida: abandonar el pueblo, para lanzarse al forbellino de la ciudad.

Solo en el mundo desde niño, sin una mano amante que guiara sus pasos, Ben Trimple se había criado entre buenas gentes, trabajando mucho, alimentando, como único, el apuntado deseo.

El viejo Meldrum fué a darle prisa, pues el tren salía dentro de poco.

Pero también había ido a hablarle de otra cosa.

—¿Estás todavía resuelto a probar fortuna en la ciudad? —preguntóle.

—No creo que lo que estoy haciendo demuestre lo contrario.

—Te aseguro que en la ciudad no has de encontrar habitación, tan limpia y confortable como esta, por seis dólares al mes.

—¡Bah! Entonces, pagaré siete.

—Mucho más cara será. Y lo demás, en proporción.

—No me asusta nada... Yo voy allí a trabajar... a respirar más y mejor que en este limitado lugar... a vivir ampliamente...

—Yo no tengo más derecho que el de los años, hijo mío, para aconsejarte que no te dejes llevar por el brillo de las cosas. No es oro todo lo que reluce.

—Ya lo sé, señor Meldrum, ya lo sé... No se preocupe usted, que no me pasará nada malo.

—Yo me alegraré muchísimo de que tengas suerte. Vaya, venga un abrazo a este viejo posadero exigente, avaro y con todas las calificaciones que vosotros me habéis puesto.

—Salud, señor Meldrum.

Y el mozo se fué de su pueblo, camino de la deseada capital.

Era como el pájaro, aprisionado hasta entonces, en su trampa, desde que vino al mundo, alimentado sobre el lugar, que lograba desasirse de sus ligaduras para ascender a las alturas, sin conocerlas, ansioso de libertad sin límite. ¿Qué sinsabores le reservaba al hombre, como al pájaro, su inexperiencia?

Animado por el agradable lado bueno de la vida, Ben se dejaba llevar por el tren, tranquilo y confiado.

Al llegar a la ciudad, apenas salido de la estación, Ben se desconcertó muy a pesar suyo.

Un individuo de dudosa facha, que se hallaba cerca del recién llegado recostado en una pared, vió en él un posible negocio y se le acercó.

El sujeto en cuestión se llamaba Chick Larabee, y su especialidad era mostrar a los confiados viajeros cómo se dobla el capital en poco tiempo; en una palabra: timar a quien se lo permitiera.

—Estoy a sus órdenes, caballero—le dijo amablemente.

—Gracias. Ya sé cuidarme de mí mismo—le contestó Ben de su natural, sin recelar la conducta de Chick.

Este no abandonó su pretensión de conquistar las perras del pueblerino, y añadió:

—Mi nombre es Patten y, entre otras cosas, me dedico a guiar a los forasteros que llegan a esta ciudad.

Chick acompañó sus palabras de un gesto que puso de manifiesto una chapa prendida en su chaleco, en cuyo centro se leía: *Comité de Bienvenida*.

—Agradezco la amabilidad de usted... pero yo no voy a ningún buen hotel, ni siquiera a uno modesto... Vengo a buscar un empleo y quisiera encontrar una casa de huéspedes familiar, de poca monta, ¿sabe?

—Venga usted conmigo y dentro de cinco minutos tiene usted todo lo que le apetece... hasta, tal vez, una colocación.

Prestamente, Chick llamó un taxi.

—Pero, ¿cuánto va a costar este automóvil?—demandó, haciéndoles ascos a los gastos superfluos.

—No haga usted caso de eso. El Comité se hará cargo de esas menudencias.

Encantado de haber encontrado una Asociación tan espléndida que recibía tan espléndidamente a los forasteros, Ben no se opuso a aceptar aquella fineza, y el coche partió veloz.

Media hora escasa después, Ben era arrojado a la calle de los bajos de una casa de un barrio de mala fama.

¡Lo habían despojado de todo lo que poseía de valor, además de la cartera que contenía mil dólares, fruto de ocho años de trabajo abrumador y de economías!

Los estafadores se dieron maña en desaparecer de aquella casa, por si el pobre Ben presentase una denuncia en el Juzgado.

Además de robarle, los desalmados le pegaron al intentar él defender lo suyo, y entre el dolor moral y el material Ben estuvo loco durante unos días.

Cual si su relativa buena estrella cambiase al llegar a la ciudad, Ben fué muy desgraciado.

Sin dinero para encontrar crédito en alguna parte, mostrándosele esquiva la fortuna de emplearse en algo para comer, perdidas sus últimas esperanzas, hallóse pobre y desamparado, arrastrándose por el arroyo de la ciudad, fría y desalmada, a merced del hambre y del frío y contemplando con tristeza los manjares expuestos en los escaparates de los restaurantes.

Llegó a tal punto su desesperación una noche en que el hambre atroz le roía el alma, que, por llevar algo a la boca, se dispuso a poner en práctica una idea, impropia de él en plenitud de conciencia. ¿Qué iba a hacer? ¡Oh, nada terrible, en verdad! ¡Atracar, en una calle en excelentes condiciones para esa operación, al primero que se le pusiera delante!

Poco hubo de esperar, pues apareció sin tardar un hombre.

—¡Atriba las manos!—le conminó Ben.

El atracado fingió intimidarse ante el puño levantado de Ben blandiendo un puñal—apócrifo, desde luego, aunque no se notaba—pero fué más listo que el infeliz famélico y le encañonó su revólver.

Ben casi lloró... de rabia y de remordimiento.

El desconocido, menos duro de lo que Ben esperaba, le interrogó:

—¿A qué viene todo esto, muchacho?

—Tengo hambre y frío... Sólo pensaba asustarle... No le hubiera hecho ningún daño.

—Te creo y es una lástima que un hombre como tú te encuentres en tan crítica situación. ¡Vamos, no te apures! Ya te sentirás mejor en cuanto llenes el buche.



...contemplando con tristeza los manjares expuestos en los escaparates de los restaurants.

—¡Oh, sí! ¡Estoy muerto de hambre!

El desconocido llevó a Ben a cenar en un restaurant delante de cuyas vitrinas, donde estaban expuestos succulentos manjares, se detuvo varias veces aquél, y dijo al camarero: —Tráigale de todo lo que haya, y dése prisas.

Ben abrió desmesuradamente los ojos de contento ante cada nuevo plato. Y se hartaba...

—Supongo que las ideas negras ya se esfumaron, ¿no? Cuéntame ahora, pues, lo que te ocurre, muchacho.

Ben refirió su caso al desconocido y éste no le dió mucha importancia, limitándose a hacer un breve comentario.

—La ciudad es muy cruel, amigo mío, y hay que luchar muy duro para que no se ensañe con uno.

—¡Yo lucharé, estoy dispuesto a luchar, y no me dejaré vencer!—exclamó Ben, a quien el festín que se daba le devolvía las fuerzas debilitadas.

El desconocido, en tono indiferente, como una cosa muy natural y hasta prevista, replicó:

—Come, muchacho, y come fuerte, porque te voy a entregar a la policía en cuanto termines.

—Pero... ¿no tengo derecho a la vida?—plañióse Ben. —He llegado a creer que cuando se siente hambre y frío, tiene uno derecho a todo.

Esa frase era la que el desconocido deseaba oír de labios de Ben. Complacido, prosiguió su conversación con él.

—Lo mismo pienso yo, y, por eso, quiero hacerte una proposición.

Ben se calmó y era todo oídos.

—Mi «negocio» es descerrajar cajas de caudales... y necesito un socio... ¿Qué te parece?

Ben dudaba de lo que aquel hombre, con aspecto de caballero, acababa de confesarle.

Y le rechazó su oferta con la altivez del amor propio ofendido.

El desconocido, hartó conocido ya desde este momento, y a quien reconoceremos por Jimmy en adelante, puso a Ben entre la espada y la pared, diciéndole:

—Reflexiona, muchacho, y ten en cuenta que después de lo que sabes de mí, estoy dispuesto a entregarte a la policía si no aceptas mi ofrecimiento.

Y fué aquel un instante de ceguera para el desamparado Ben...

Y en aquel instante aceptó renunciar a ser honrado...

Jimmy ya sabía que Ben no tenía otro recurso que aceptar.

Después de algún tiempo, a media noche, en el Café de Tonetti, el lugar de reunión favorito de los malhechores de chistera y frac, se hallaban reunidos Jimmy y Ben, éste, como se supone, completamente transformado.

—Hoy hace precisamente seis meses que nos encontramos. ¿Recuerdas? —dijo Ben a Jimmy.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. ¡Cómo no, si estuve a punto de morir en tus manos! —contestó Jimmy bromeando.

—Desde entonces te has portado como un buen compañero, pero, no sé por qué, no puedo acostumbrarme a esta vida que llevamos. Sé que este no es el buen camino.

Jimmy miró con cariño de verdadero amigo a Ben y le confesó:

—Estoy empezando a comprender que tienes razón, Ben. Vamos a dar el último «golpe» en el Irvington esta noche... Te aseguro que será el último.

—Me agrada oírte hablar así. Sabía que eres

bueno en el fondo, pero no esperaba de tí que reconocieras el error en que nos agitamos, por lo que a mí me afecta, desde hace medio año. ¿Por qué, pues, ya que estás decidido a abandonar esta peligrosa senda, no lo hacemos desde ahora mismo? Lo que no pasa en un año puede suceder en un segundo.

—Nos conviene dar un buen golpe y acabar. No hablemos más y esta noche volveremos a ser lo que fuimos antes.

—Sí, Jimmy, sí... Honrados, buenos... Anhele volver a esa vida de antes...

Los dos émulos del célebre Jimmy Samson de la novela se levantaron de sus sillas y se disponían a salir del café, cuando Ben, asombrado y encantado de ello, vió una cara conocida:

—¿Quién es ese? —preguntó, para conocer su personalidad, a Jimmy.

—Le llaman Chick Larabee. Es uno de los más expertos en el «negocio».

—Ese es el que me robó los mil dólares y voy a obligarle a que me los devuelva.

Antes de que Jimmy pudiera contenerlo, Ben se acercó a Chick, quien lo reconoció con la consiguiente sorpresa, pero que disimuló no saber quién era, y le dijo amenazador:

—¿No te acuerdas de mí, eh? ¡Mirame bien!

—¿Quién es usted?

—¡Maldita sea! ¡Quiero los mil dólares!

—Sufre usted una equivocación conmigo.

—¡Eres más sinvergüenza aún de lo que yo te creía!

Fuera de sí, Ben asestó unos soberanos pu-

ñetazos a Chick que cayó al suelo, murmuran do pestes contra él.

Jimmy logró dominar a Ben.

—Déjalo, muchacho, no vayas a comprar meterte... Chick no tiene un centavo... Estás perdiendo el tiempo.

—Ya he cobrado algo a cuenta—respondió



Unas horas después, Jimmy y Ben "trabajaban" por su cuenta en el Irvington.

Ben refiriéndose a la paliza que le diera al timador de marras.

Unas horas después, Jimmy y Ben «trabajaban» por su cuenta en el Irvington.

Todo parecía ir a pedir de boca... mas, de pronto, fueron sorprendidos por la policía.

Por lo visto, el golpe había sido descubierto

y se habían tomado las debidas precauciones para capturar a los ladrones.

Estos, considerándose irremediamente perdidos, estaban dispuestos a morir luchando contra sus perseguidores antes que caer en sus manos.

A los disparos de la policía, los malhechores dispuestos a regenerarse contestaron con otros disparos.

Jimmy, alcanzado por una bala certera, cayó herido.

Ben, admirablemente dueño de sí mismo, burló a la policía ocultándose en el establecimiento con Jimmy, que contenía sus lamentos, y mientras ésta, con mucha prudencia, los buscaba por otro lado, temerosa de recibir, inopinadamente, a quemarropa, los disparos de los atrevidos ladrones, éstos huían de allí, gracias a haber podido, Ben, vencer al policía que vigilaba una puerta trasera del local.

Jimmy, viéndose perdido, había dicho a Ben:

—¡Huye, amigo mío, huye! No te ocupes de mí... ya no vale la pena...

Pero Ben no quiso abandonar al camarada y estaba resuelto a salvarse o a perderse con él.

No sin mucho esfuerzo pudo Ben conducir a Jimmy a su casa y, ya en ella, le manifestó:

—Voy a buscar un médico. Ten valor. En seguida vuelvo.

—No, Ben, ya no me sirve de nada. He sido alcanzado en el corazón. Además, pondría a la policía sobre la pista.

En el suelo, junto a la puerta, había una carta, que Ben recogió y entregó a Jimmy.

Este miró el sobre y murmuró muy emocionado:

—Es de mi madre... Dime lo que escribe...

Ben leyó para sí, rápidamente, el escrito, para resumírselo luego, brevemente, al herido que se iba.

Decía así aquél:

Mi estimado Sr. Nelson;

Con gran sentimiento me veo en el deber de manifestarle que su anciana madre falleció hace una semana.

Jimmy añadió, cuando hubo tomado de nuevo aliento, a su frase de antes:

—La pobre vieja cree que el dinero que le mando todos los meses es producto de mi negocio de seguros.

Ben calló, y prosiguió la lectura de la carta:

Mi hija está cuidando de los niños, que al perder a su abuela han quedado solos, hasta que usted llegue. Como viejo amigo y vecino de su madre, me uno a usted en el sentimiento de tan grande pérdida.

Suyo affmo. amigo,

Lucio Owen.

A Ben se le anudó la garganta y cuando Jimmy, apremiante, le preguntó: «¿Cómo están mi querida madre y mis hijitos?», él tuvo que hacer un gran esfuerzo y hundirse en el corazón las lágrimas que acudían a sus ojos, para contestarle: «*Todos están bien y te mandan muchos abrazos...*»

Jimmy sonrió... y a poco se percibió el estor de la agonía del pobre herido.

Ben se dominaba para animar al herido, pero aquello no podía durar mucho.

—Haz que mi viejecita... no sepa nunca... la verdad, Ben, y cuida de que... lo poco que tengo... sea para ella... y para los niños...

—Sí, Jimmy, sí; todo lo que tú quieras... Pero ten confianza, amigo; aun puedes salvarte.

—No... no... Imposible... ¡Ahl... Tenías razón... Nada se gana... siguiendo el mal camino...

Hubo una terrible pausa... Jimmy se ahogaba y se agitaba en el lecho con desespero... Pasada la crisis, se esforzó por hablar todavía, y balbució implorante a Ben:

—¡Adiós!... Cuida... de mis hijos... ¡mejor que lo he hecho yo!

Y en sus postreros instantes, pidió perdón al Cristo de un sagrado crucifijo, por sus errores, y pasó a mejor vida.

Algunos meses más ^{**}tarde, Ben había tomado a su cargo el cuidado de la granja de su amigo, y se afanaba en todos los menesteres, haciendo a la vez de agricultor, de cocinero y de niñera.

Sí, porque lo hacía todo, puesto que no había ninguna mujer en la casa, sinó dos niños, varón y hembra, de cuatro y seis años respectivamente.

Don Lucio Owen y su grácil hija, Vera, extraordinariamente bondadosa y afable, vivían en otra granja, situada a un tiro de piedra de la de la familia de Jimmy Nelson.

Don Lucio era uno de los agricultores más importantes de la comarca.

Unos pocos días después de llegar Ben al pueblo, Vera dijo a su padre:

—Creo que debo ir a ver si el señor Trimple

(o sea, Ben) necesita de mi ayuda para asear a los niños.

—Me parece muy bien. Ben es un muchacho muy simpático y amable, y debemos portarnos como buenos amigos.

Gratas, muy gratas eran para Ben las visitas de Vera, a quien admiraba por sus exce-



...haciendo a la vez de agricultor, de cocinero y de niñera...

lentes cualidades de mujer de hogar.

El ex malhechor por necesidad estaba plenamente convencido de que es mucho mejor cuidar de las necesidades de una familia, que descerrajar cajas de caudales.

Pero eso no obstante, le daba algunos berrenches la travesura de los chiquillos que no reparaban en su vestidito limpio ni en su pei-

nado, ni mucho menos en sus zapatos, para rodar por los suelos y ensuciarse.

—¡Vaya una manera de portarse, después que estuve ayer toda la tarde lavando y planchando!—se lamentó a los atolondrados niños su padre adoptivo, el resignado Ben.

Sus enfados eran pasajeros y al minuto de gritar ya no se acordaba de sus regaños, llamaba a los endemoniados chiquillos — muy lindos los dos, por cierto — y los volvía a poner limpios, peinándolos también otra vez.

Vera llegó ese día en el preciso instante en que Ben arreglaba lo mejor que podía a Kitty, la niña, mientras Juanito, el niño, volvía a sus juegos.

Como el lazo de cinta del pelo que Ben hacía a la niña no le quería quedar bien, Vera se sonreía desde lejos y al llegar ante ellos dijo al apurado joven:

—Buenos días, señor Trimple. ¿Quiere usted que yo me encargue de Kitty?

—Buenos días, señorita Vera... Si usted quiere... usted que sabe lo que yo no sé de estas cosas...

Y así varios días, y luego semanas.

Hasta que, cierta mañana, mientras Vera repetía la operación del dichoso lazo de cinta del pelo de la niña, ésta, acariciando a Ben y a Vera con sus manos, dijo a ésta:

—Tú vas a ser mi mamáíta, ¿verdad?

El rostro de Vera se arreboló... pero ella tuvo aún ánimo para mirar dulcemente a Ben, quien, mirándola también con melancolía, añadió:



Y en sus postreros instantes, pidió perdón al Cristo de un sagrado crucifijo, por sus errores, y pasó a mejor vida.

—La señorita Vera es muy buena... para nosotros.

Ketty besó a los dos y después se separó de sus «papaitos» para reunirse con Juanito.

Ben acompañó a Vera hasta cerca de su granja, revelándose secretamente durante el camino su amor, y se detuvieron junto a un



...mientras Vera repetía la operación del dichoso lazo de cinta del pelo de la niña...

arroyuelo, al pie de un árbol.

—¡Qué bonito es esto!—dijo Vera.

—¡Delicioso!—respondió Ben.—Pero hay algo mucho más encantador...: usted.

—¿Yo?

—Sí, Vera... Usted es lo más hermoso que hay en este mundo... Y por eso te amo, te

quiero con toda mi alma... por compañera.

Vera posó su vista en el suelo e inclinó su cabeza hacia su pecho. Estaba confundida.

Ben creyó que su declaración de amor la había enojado y se apresuró a disculparse:

—No sé cómo me he atrevido a pedirte que te cases conmigo. Perdóname.

—¿Por qué...?—preguntó, entonces, con naturalidad, repuesta de su emoción, Vera.—Yo no tengo nada que perdonarte... ¿Qué quieres decir con eso?

—Yo... he sido un malvado... un criminal...

—¿Qué dices?...

—Te lo decía de haber dicho antes... pero no sabía cómo... No tenía valor... porque, porque te quiero.

—Yo sé que tú eres digno, Ben.

—No lo soy, Vera, no lo soy...

—Cuéntamelo todo, Ben.

—Yo... he robado... Fui un vil desde que llegué, de mi pueblo, a la ciudad.

Ben no omitió detalle alguno, excepto el de revelar la ignorada conducta del difunto Jimmy, a quien dijo deber su regeneración, gracias a su desinteresada ayuda.

—No lo harás nunca más, ¿verdad, Ben?—le preguntó Vera que veía en él, sinceramente, a través de su verdadero cariño y de su bondad, un hombre bueno que fué arrastrado al mal por su mala estrella.

Y él, descargada su conciencia del enorme peso de su culpa, contestó agradecido a Vera:

—Antes me dejaré morir de hambre.

Vera, agradecida a su vez, cubrió de acariciantes miradas a Ben.

- ¿No influirá mi pasado en tí?
 —El presente lo borra todo, Ben.
 —Entonces, ¿me quieres?
 —¿No lo viste ya, Ben?
 —¡Oh, Veral! ¿Es posible?...

Dulces testigos de su amor fueron los bellos campos que circundaban sus respectivas granjas, y con el rumoreo de las aguas de los arroyuelos se confundieron muchas veces sus frases de cariño, pronunciadas con el alma.

Don Lucio no sabía las relaciones que existían entre su hija y Ben, aunque por las frecuentes visitas que ella hacía al joven hubiera podido deducirlas.

Algunos días después de haberse comunicado sus mutuas ansias los enamorados, se celebraba, en un pueblo vecino, la Exposición anual de la Sociedad de Agricultores del Condado de Cutty.

A esta Exposición, no sólo acudieron los agricultores más renombrados de la comarca, sino también un notable «perito» de la ciudad, que se intitulaba Presidente de la Compañía de Exterminadores de Gusanos de Manzana, y ofrecía la exclusiva de venta del incomparable insecticida, por la insignificante suma de mil dólares.

Este individuo elogiaba su mercancía subido en un entarimado, a estilo de charlatán, y el auditorio que se congregaba a su alrededor era muy numeroso.

—La ciencia ha descubierto y clasificado definitivamente, diecisiete distintas variedades del gusano de la manzana, o «gusanibus man-

zanibus» —clamaba, entre otras formas de lenguaje con mezcla de latín y de voces extranjeras.

Las gentes del campo, seducidas por la facilidad de palabra del orador, le escuchaban encantadas.

Entre esas gentes se encontraba don Lucio, cuyo espíritu comerciante había acogido con sumo interés la oferta del Presidente de la etetera, etcetera.

Vera había acompañado a su padre al pueblo vecino, y Ben, ¡cómo no!, siguió, como quien va por asuntos, los pasos de su amada.

Don Lucio había visto a Ben en la Exposición, pero no dió en el clavo, o sea, en el motivo de su presencia en ella. Y Ben fué listo en decirle:

—He venido por si se presenta alguna ocasión para mi granja... pues quiero hacer reformas en ella y explotarla como se merece su buen terreno.

—¿Va a comprar alguna máquina grande?

—Tal vez sí... entre otras cositas...

—Si se decide por algo, avíseme... Yo conozco bien eso y puede que le sea útil a usted.

—Muchas gracias, don Lucio.

Así, Ben había quedado a cubierto de los recelos del padre de su prometida y podía permitirse pasearse con ella por la Exposición mientras don Lucio hacía sus negocios con los expositores.

Cerraba ya la tarde cuando el charlatán de la ciudad descendía del entarimado para ponerse a tratar particularmente con los agricultores que se interesaban a su sin rival insecticida.

Vera y Ben estaban algo apartados del pabellón en que se hallaba don Lucio, y la primera dijo al segundo:

—Se está haciendo tarde... ¿Quieres decirle a papá que es hora de volver a casa? Os espero aquí, pues estoy algo cansada.

—¿Cansadita? ¡Oh, siéntate, amor mío! Vuelvo, con tu papá, en el acto.

Ben se apresuró a ir a avisar a don Lucio, y ya lo iba a alcanzar cuando, asombrado, se detuvo, ocultándose seguidamente detrás de un árbol, a pocos pasos de él.

¿Qué había visto? ¿Qué le había repentinamente sucedido?

¡Una verdadera calamidad!

En su nueva vida ejemplar, reaparecía, con toda su repugnancia, el recuerdo del pasado.

¿Quién hablaba con don Lucio?

¿Quién era ese charlatán de fácil palabra y grandes aspavientos?

¡Sorpresa cruel! ¡Era Chick Larabee, el estafador sin entrañas cuya habilidad conocía de sobra Ben, y que sabía la profesión a que éste, después de haber sido despojado por él de sus economías cuando del pueblo llegó a la ciudad, se había lanzado como auxiliar del difunto Jimmy Nelson, que era muy conocido de los que vivían de lo que robaban al prójimo.

Precisamente aquella noche que Ben le dió la paliza en el café de Tonetti, Chick supo—por haber aplicado su fino oído a las palabras que Jimmy y Ben cambiaron antes de salir del establecimiento—, que ambos tramaban para unas horas después el golpe de Irvington.

¡Y fué él quien los denunció, para vengarse de Ben por haberlo rotundamente vencido!

Pero eso Ben lo ignoraba, y se puso a escuchar lo que el timador profesional y don Lucio concertaban.

—Le ofrezco a usted los derechos por mil dólares, porque será de gran utilidad para la Compañía el tener un representante tan importante como usted para nuestros productos —le decía Chick.

—No se engaña usted, señor Barnes. Yo soy en esta región un hombre de mucho prestigio y estoy seguro de obtener una buena cifra de venta —le contestaba don Lucio que pecaba de excesiva vanidad.

—Ya se ve que usted se aparta de todos los demás agricultores... Usted tiene el tipo de rico propietario... En cambio, todos los que he visto por aquí son verdaderos campesinos de dicho y hecho... ¿De modo que usted desea ser nuestro depositario y único vendedor?

—Sí. Prepare usted el contrato y tráigamelo a casa temprano. Vivo en el pueblo de al lado; de aquí a mi granja sólo hay un paseíto, y ya tendré listo el dinero.

—Pero... ¿cómo? ¿Guarda usted en su casa sumas tan considerables? Bien se ve que en un pueblo se vive tranquilo...

—Esa cantidad no es muy grande... ¡Bahl! Muchas veces he tenido más de cinco mil dólares en mi pequeña caja de caudales, y he dormido sin temor a ser robado. Esto no es la ciudad.

Chick se alegró de la confianza que el incauto don Lucio tenía en los pueblerinos y

asimismo en el insecticida del que le proponía la venta exclusiva, y sonrió al cruzar una idea su espíritu moldeado para el mal.

Ben, que adivinó lo que estaba pensando Chick, se presentó, para atemorizarle, ante don Lucio y él.

—Su hija le llama, don Lucio—dijo a éste—. Está fatigada y desea volver a casa.

—Gracias, Ben. Allá voy. Pero, aprovechando el que está usted aquí, tengo el gusto de presentarle al señor Barnes, Presidente de la Compañía de Exterminadores... Señor Barnes, el señor Trimble, un amigo mío que, indudablemente, será uno de los primeros en preservar los manzanos de su granja con su insecticida. Chick y Ben se miraron fríamente, saludándose después ocultando su odio.

—Bueno, ya lo sabe usted, señor Barnes. Hasta mañana en mi casa. ¿No viene usted con nosotros, Ben?

—Sí, me reuniré con ustedes en seguida—contestó el aludido, adivinando que Chick quería hablarle a solas.

Marchóse don Lucio.

Entonces, Chick soltóle a Ben lo que de él sabía:

—La policía está rabiando por saber quién dió el golpe del Irvington.

—¿Eh? ¡Qué dices!

—No pongas esa cara, que entre pillos anda el juego. Si me estropeas el mío, telegrafiaré a la policía.

—¡Maldito! Ya te entiendo. Callaré a cambio de tu silencio.

—Sé que ese hombre tiene algún dinero, y

lo voy a aligerar un poco. Ya ves que no te oculto la verdad. En este mundo cada cual vive con lo que puede... vendiendo patentes falsas, cobrando sumas regulares por exclusivas de venta de tal o cual artículo—según la persona que se elige para que pague por las demás—o reventando pisos, y cajas de caudales, o lo que sea. Tú ya sabes largo de todo eso... De modo que, ténlo presente: si hablas, telegrafía.

Don Lucio, su hija Vera y, reuniéndose a ellos a mitad de camino, Ben, regresaron a sus hogares.

Vera, que no tenía ningún motivo de preocupación, pensaba, en su casa, al acostarse, en la agradable jornada que había pasado con Ben, por quien se afirmaba en su corazón un amor más fuerte cada día.

Ben, por el contrario, estaba pensativo y nervioso. Claro que el recuerdo de Vera no se separaba de él nunca, pero en aquella ocasión otra persona, la antítesis de ella, ocupaba todo su pensamiento, velando aquél.

Tanto fué así que Ben, no resignándose a consentir que Chick robase al padre de su novia, con tal de que no revelase a nadie el secreto de su pasado, salió de su granja, después de haberse asegurado que los niños—que durante el día estuvieron al cuidado de una vecina—se habían dormido, se dirigió a la de don Lucio, penetró en ella, sigilosamente buscó la caja de caudales del agricultor, y en la obscuridad «trabajó» como lo hacía algún tiempo atrás.

Mientras Ben se ocupaba en esa operación, Chick, tal como lo previera aquél, se introdujo

también en la casa y con la ayuda de una pila automática se orientaba en el interior.

Y los dos hombres se descubrieron.

—¡Ah, bribón!—exclamó Chick.—¡Te adelantaste a mí! Dame ese dinero.

—¡Aparta, miserable!—le respondió Ben.—¿Creías que te dejaría robar bonitamente? ¿No recuerdas que aun he de pagarme la «broma» que me gastaste cuando yo creí en tí? Esta es la ocasión de mi desquite. Huye, y no te acuerdes más de mí, si no quieres que yo mismo te entregue a la policía. ¿Quién puede demostrar que yo intervine en el asunto del Irvington? Yo, en cambio, no tendría más que gritar para que acudiesen todos y te viesan aquí, donde gozo de estima y buena reputación.

—Muchacho, o me das este dinero o te arrepentirás de nuevo de haberme conocido.

—Si quieres lucha, la habrá.

—Voto al diablo que me molestan tus bravatas y que no te las tolero más. ¡Venga esos billetes, granuja!

—Hice cuanto pude para arreglar las cosas entre los dos, sin disputarnos. Te perdonaba el mal que me has hecho, pues tú eres la causa de lo que hice después de haberme tú robado, a cambio de dejar a esa buena gente en paz. Ya que por las buenas no te marchas, lo harás, a fe de hombre que soy, por las malas.

Y en acabando de decir eso, Ben agarró por las manos a Chick, que había retrocedido hacia la escalera de la casa, y lo empujaba hacia la puerta.

Encolerizado, Chick reunió todas sus fuer-

zas y repelió lo más rudamente que pudo el ataque de Ben.

Recia fué la lucha de ambos, y al ruido que promovieron acudieron Vera y su padre.

Al verse descubiertos, Chick, temiendo por su pellejo, huyó de las manos de Ben, que lo dejó escapar para demostrarle aún más su



...Ben agarró por las manos a Chick, que había retrocedido hacia la escalera de la casa....

hombria de bien.

Pero antes de salir, Chick—para asegurarse más la huida—dió a Ben un golpe en la cabeza y éste, cuando aparecieron los dueños de la casa, tuvo que apoyarse en la pared, presa de un ligero desmayo.

Vera, presurosa, le ayudó a reponerse, no pensando en aquellos momentos en otra cosa que en el estado de su novio.

—No es nada... me dejó sin sentido, por un momento. Ya me encuentro bien...—murmuró Ben.

La emoción de ver a su novia y al padre de ella, y el temor de lo que pudiera pensar Vera—que conocía su historia—influyeron en el semidesmayo de Ben, quien, en realidad, estaba convencido de lo difícil que iba a ser dar una explicación.

Vera le miraba atónita...

Don Lucio, más asombrado todavía que su hija de la presencia de Ben, le preguntó:

—¿Cómo diablos se encuentra usted aquí, Ben?

El no sabía qué contestar.

Mas Vera, reservándose aclarar luego, a solas con Ben, aquel asunto, terció en su favor:

—Yo... yo le llamé, papá. Oí que alguien andaba por el jardín... y lo llamé por teléfono.

—Sí, señor... Vera... me llamó.

—¿Por qué no me avisaste a mí, chiquilla?

—¡Oh, papá, estabas tan cansado... y ya eres tan viejito!... ¡y yo tenía tanto miedo!

—¡Qué bien supo engañarme el charlatán ese! ¿Eh?... Pero... ¿y mi dinero? Vera, Vera, nos han robado. Entonces, ¿no pudo usted, Ben, hacer frente a ese hombre? Mira, Vera, mira... ¡la caja vacía!

Ben, inquieto, revolvió unos papeles que Chick, durante la lucha, cuando se desasía de él, esparció por el suelo, junto a la caja, por si aparecían billetes o valores, y suspiró honda

mente al encontrar un fajo de tres mil dólares, el cual entregó a don Lucio que nerviosamente se puso a contarlos y a ordenar sus revueltos papeles.

Mientras, aparte, Vera, fijos sus lindos ojos en los de Ben para leer la verdad, le preguntó:

—Ben... ¿Por qué sustrajiste el dinero de la caja?

—No, Vera, yo no hice eso... Mis intenciones eran buenas... ¿Y mentiste por mí, aun creyendo que era culpable?

—Yo, Ben, quiero que seas bueno...

—Deseo serlo... lo seré cada día más... Dudaste un instante de mí, y lo comprendo... Tú no sabías que yo estaba aquí porque ese hombre era Chick Larabee, el sujeto que ya conoces por el relato que te hice de mi historia, el cual me amenazó con delatarme a la policía si ponía en guardia a tu padre... No hallaba otra forma de estropear su juego, y tomé el dinero de la caja antes de que él pudiera hacerlo.

—Ben...—intervino don Lucio.—No encuentro a faltar nada y, francamente, que los diablos me lleven si no había dado por perdido el dinero.

—¿Pensó usted, al verme aquí, que yo había sido capaz de jugarle una mala partida?

—¡No, no! Nada de eso... Mi pregunta la motivó, usted ya se hace cargo, mi sorpresa. Nada de desconfianzas con usted, querido Ben. Yo se lo confiaría todo como si fuera yo mismo.

—No se fie demasiado... Algún día le voy a robar a usted algo que vale más que todo su dinero...

Hablando así al padre, Ben miraba cariñosamente a Vera, y ésta parecía estimularle a que siguiera por ese camino para que aquél se diera por enterado de lo que había entre ellos.

Pero lo primero le bastó a don Lucio para enterarse.

—¡Hum!—exclamó mirando a su hija y a Ben alternativamente—. Me parece que me lo has robado ya. ¡En una palabra, todos queríais engañarme! Bueno, bueno, mañana será otro día. A descansar, Ben, y gracias otra vez por el servicio que me ha prestado esta noche... Eso de rondar la casa de la novia da buenos resultados algunas veces... ¿Creéis que me chupo el dedo? Ahora veo, claramente, que tú, Vera, no telefoneaste a Ben, sino que él mismo fué quien, cantándote una romanza o contándote un cuento de las mil y una noches, bajo tu ventana, se dió cuenta de que alguien entraba en la casa. ¡A mí, no me la da nadie, muchachos!

Y desapareció a lo alto de la escalera.

Vera, que estaba a mitad de ellas, se despidió de Ben:

—Nadie se la da a papá, ¿verdad, Ben?

—Nadie, vida... más que nosotros.

—Hasta mañana.

—Hasta entonces.

Se dieron las manos y se acariciaban con los ojos.

—Mañana—añadió Ben—sabremos cuando el cielo será poco comparado con nuestra felicidad.

—Cuando quieras, Ben...

—Lo antes posible.

—¿Mañana mismo?

—¿De veras que te gustaría correr tanto? Siendo así, mi amor, ve pensando esta noche en la ropita que necesitas para el primer rorro que venga.

—¡Oh!—exclamó Vera, escapándose, roja como una amapola, de la garra de Ben, hacia



Se dieron las manos y se acariciaban con los ojos.

su habitación.

Y Ben la vió marchar... pensando en el día que la podría seguir...

FIN

Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA